

rirlo, quiero comenzar hoy á ponerme en el estado en que querré morir, con la práctica de las virtudes, de las mortificaciones y de los ejercicios de piedad en que querré morir y acabar mis días; en una palabra, á hacer aquello que quisiera haber hecho á la hora de la muerte. Diferirlo mas es exponerme á un grande mal. ¡Ah! Vos, Dios mio, avalorad con vuestra gracia este propósito. Amén.

MEDITACION CLXIII.

QUINTA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XII, 42-48).

PARÁBOLA DEL ADMINISTRADOR.

Consideremos: 1.º el administrador fiel; 2.º el administrador infiel; 3.º la diferencia que hay entre los siervos infieles.

PUNTO I.

Del administrador fiel.

Lo 1.º *Sus obligaciones...* «Y el Señor dijo: ¿Quién crees tú que sea el dispensador fiel y prudente propuesto por el señor á su familia para dar al tiempo debido á cada uno su medida de trigo?...»

Bajo la parábola de este administrador están representadas todas las personas que tienen alguna autoridad ó potestad sobre los otros. Tales son los padres de familia, los señores, los magistrados, los príncipes, y principalmente los pastores y superiores eclesiásticos y directores de almas... La primera obligacion del administrador es la fidelidad, que consiste en no apropiarse alguno de los bienes que le ha confiado el señor, en no considerarse él mismo dueño de ellos, en no buscar en esto su gloria, su placer y su particular provecho; sino la gloria, la voluntad y el interés de su señor... La segunda es la prudencia ó sea la ciencia propia de su estado. Debe saber todo lo que es necesario para el beneficio y adelantamientos de su señor; debe conocer los trabajos que se han de hacer, debe repartirlos á aquellos á quienes manda, y dar á cada uno de ellos un trabajo proporcionado á sus talentos y á sus fuerzas... La tercera es la exactitud en proveer á las necesidades de aquellos que emplea, dándoles en el tiempo destinado la medida necesaria para su sustento; esto es, suministrándoles todos los medios, todas las comodidades, todas las instrucciones y todas las exhortaciones, en una palabra, todo aquello que puede empeñarlos y animarlos á cumplir exacta-

mente sus obligaciones; y estos socorros los debe suministrar, no en el tiempo que á él le acomode y agrade, sino en el tiempo señalado, y cuando ellos tengan necesidad... Ahora, pues, ¿cómo cumplimos nosotros en nuestro estado estas obligaciones respecto de aquellos cuya conducta nos ha fiado Dios? ¡Ah! ¿dónde se halla aquel administrador fiel, prudente y atento? ¡Oh, y cuán pequeño es su número en comparacion de aquellos que son infieles, imprudentes y negligentes! ¿No soy yo, por ventura, del número de estos últimos?

Lo 2.º *La felicidad del administrador fiel...* «Bienaventurado aquel «siervo que viniendo el señor lo hallará así haciendo...»

Esto es, si lo halla en el actual cumplimiento de todas sus obligaciones; pero para esto las debe cumplir: 1.º Con constancia y sin interrupcion. No debe dejarse vencer de las dificultades, no se debe dejar abatir del tedio, no se debe dejar llevar de la pereza, ni distraer de cuidados extraños... 2.º Con aplicacion y sin negligencia. Es necesario que continúe á trabajar incesantemente y sin tomar reposo. Debe continuar con celo, con el mismo ardor y con la misma solicitud con que ha comenzado, para que viniendo el Señor, no halle, ó que nada hace, ó que no lo hace todo, ó que hace mal lo que hace... 3.º Con perseverancia y sin omitir jamás cosa alguna. Debe continuar á trabajar con teson hasta la última respiracion, sin dejar jamás el puesto en que lo ha colocado Dios, ó por flojedad, por tedio, ó por amor propio; y si ya no estuviese en estado de guardarlo, porque la enfermedad ó la edad lo hagan incapaz de cumplir sus funciones, debe en esto reconocer y seguir la voluntad del Señor, el cual sin duda, á su arribo, seria mal contento de hallarlo en un puesto en que no podia ya serle útil, y que lo habria solo guardado para gozar las utilidades anejas sin poder cumplir sus obligaciones.

Lo 3.º *La recompensa del administrador fiel...* «Os digo verdaderamente que lo pondrá sobre todo lo que posee...»

El señor, que á su arribo encontrará al administrador de su casa exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, se le mostrará agradecido, le dará á entender su satisfaccion, y por recompensa de su fidelidad y prudencia lo elevará á un puesto superior, y le dará la administracion general de todos los bienes que posee. Hé aquí la recompensa que pueden dar los señores de la tierra, y que pueden esperar aquellos á quienes han fiado una parte de su patrimonio. Pero ¿qué es lo que hará el Señor del cielo? ¿Qué nos promete él

debajo de esta figura, sino la posesion de todos sus bienes, de su reino y de sí mismo? ¡Oh recompensa bien digna de nuestros deseos, de nuestros trabajos y de nuestra perseverancia!

PUNTO II.

Del administrador infiel.

Lo 1.º *Su delito...* «Mas si el tal siervo dice en su corazón: Mi señor se tarda en venir, y empezase á maltratar á los siervos y á las siervas, y á comer, y beber y embriagarse...»

El delito de este administrador infiel para con su señor es, de olvidarse de que tiene un señor, y que este debe volver, y de persuadirse que no volverá tan presto... La negligencia en los ejercicios espirituales, la omision de la oracion, de la meditacion, de la leccion espiritual, el olvido de Dios, de la muerte, de sus sorpresas y de sus consecuencias, son la primera culpa que nosotros cometemos y el origen de todas las demás. Vivimos como si no debiésemos morir, ó vivimos como si la muerte estuviese siempre para nosotros en la misma distancia... El delito de este administrador infiel respecto de los otros siervos es de maltratarlos. El que ha olvidado á Dios, y la cuenta que le debe dar, no sigue ya otra regla para con el prójimo que la pasion. El uso que hace de su autoridad y de su poder es entonces un continua injusticia: sostiene, favorece, colma de bienes á aquellos que lo adulan, y despues no teme inquietar, afligir, humillar y molestar de mil maneras á aquellos que le desagradan. Pero el Señor ve la injusticia que se hace á estos, oye sus gemidos, y tomará venganza de los desprecios, de los ultrajes y de los malos tratamientos que habrán recibido del administrador infiel... Finalmente el delito de este siervo malvado hácia sí mismo es de abandonarse al lujo y al ocio, al juego, á la destemplanza, á la embriaguez y á la disolucion, y de emplear para satisfacer sus pasiones los bienes que el señor le habia confiado, destinándolos á bien diferentes usos.

Lo 2.º *La infelicidad del administrador infiel...* «Vendrá el señor de este siervo el dia que no espera, y á la hora que no sabe...»

Este Señor vendrá; es inevitable su retorno: y ¡oh cuán terrible será para aquel que habrá de dar cuenta de tantos golpes!... Este Señor vendrá en un dia no esperado, en una edad en que se creia que no habia nada que temer, en un tiempo en que se formaban todavía varios y vastos proyectos de fortuna, de placeres y de ade-

lantamientos... Este Señor vendrá en una hora incierta, en que nos abandonamos con mayor seguridad á lo que nos debe atraer los mas rigurosos castigos... Hé aquí, pues, la respuesta á la pregunta de san Pedro. Todo's deben velar y estar continuamente atentos. Esta verdad va enderezada á todo el pueblo, y mas particularmente á los pastores del pueblo. ¡Ah! seria ciertamente cosa dolorosa y desgraciada para quien debe animar á los otros á estar preparados, y que muchas veces los ha exhortado, no haberse él mismo preparado, y haberse dejado sorprender.

Lo 3.º *El castigo de este administrador infiel...* «Y lo separará, y pondrá su parte con los (*siervos*) infieles...»

Su castigo será, primero, ser separado para siempre de la compañía de los bienaventurados, donde hubiera ocupado un puesto distinguido entre tantos celosos pastores que han tenido parte en los trabajos, y que ahora la tienen en la gloria de los primeros Apóstoles... Será despues desterrado y confundido con los siervos infieles, con los malos cristianos, con los herejes, con los judíos, con los ídólatras y con los demonios. ¡Ah! ¡qué compañía para un ministro de Jesucristo, para un sucesor de los Apóstoles! Tendrá finalmente parte en los mismos suplicios, y aun sufrirá otros mayores en el mismo fuego, en la misma eternidad.

PUNTO III.

Diferencia entre los siervos infieles.

1.º *Del mas culpado...* «Y aquel siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se separó, y no hizo conforme á su voluntad, recibirá muchos azotes...»

Aquel sin duda es el mas culpado que habiendo sido admitido á la confianza del señor, estando instruido de sus designios, sabiendo sus intenciones, y conociendo sus voluntades, no ha hecho de ellas caso alguno, nada ha hecho de cuanto se le habia ordenado, y ha despreciado igualmente la autoridad del señor, sus recompensas y sus amenazas; por eso este será castigado con mayor rigor y severidad. Tales eran los judíos al tiempo del Redentor en comparacion de los gentiles. Estaban instruidos en la ley de Dios, y bien informados de la promesa que les habia hecho de enviar al mundo un Salvador, y en vez de prepararse á recibirlo, lo han crucificado... Tales son hoy en dia los cristianos comparados con los infieles... Tales son entre los cristianos los eclesiásticos, los religiosos, las per-

sonas educadas con mayor cuidado y mejor instruidas, en comparacion del pueblo grosero y poco capaz de instrucciones: con que si nos descuidamos en ejecutar la voluntad de nuestro Señor, que nos es tan manifiesta, confesemos que somos del número de los mas culpados, y que nos son debidos los mas rigurosos castigos.

2.º *Del siervo menos culpado...* «Aquel siervo, pues, que no la «conoció, y ha hecho cosas dignas de castigo, recibirá pocos azotes...»

Aquel ciertamente es menos culpado que no habiendo sido admitido á los secretos de su señor, y no sabiendo menudamente sus intenciones y sus voluntades, no deja de hacer cosas dignas de castigo: este será castigado, pero menos rigurosamente que el primero. Tales eran al tiempo del Redentor los gentiles en comparacion de los judíos. Tales son hoy dia los infieles en comparacion de los cristianos. Si Jesucristo no se les ha anunciado, no serán castigados por no haberlo conocido y adorado; pero serán castigados por haber obrado contra la luz natural de su razon y de su conciencia. En su ignorancia son dignos de compasion, y este es un misterio de la profundidad de la ciencia y de la sabiduría de Dios; mas son culpables en sus desórdenes. Pero nosotros, mas favorecidos que ellos por una gracia que no hemos podido merecer, y que jamás la apreciaremos como se debe, si no nos aprovechamos seremos infinitamente culpables, y nuestro castigo será á proporcion mas riguroso que el suyo. ¡Ah! ¡qué desgracia para mí, si despues de haber recibido las luces de la fe viniese á ser condenado con los gentiles, y mil veces mas atormentado que ellos!

3.º *Regla general del juicio de Dios...* «Mucho se pedirá á aquel «á quien mucho se ha dado; y mas pedirán á aquel á quien se le «ha fiado lo mucho...»

Ó que se nos haya dado mucho, ó que se nos haya dado poco, se nos pedirá cuenta del uso, del empleo y del provecho de todos los bienes que se nos han dado, naturales y sobrenaturales, y del tiempo que los hemos gozado. La cuenta que hemos de dar será tanto mas rigurosa, cuanto mas habremos recibido... Tal es la respuesta cumplida que dió el Salvador á la pregunta de san Pedro: respuesta que merece nuestras mas profundas reflexiones en cualquier estado que estemos: respuesta que ha hecho temblar los mas grandes Santos; que les ha hecho huir y esconderse cuando se trataba de elevarlos á cualquiera dignidad, y que no les permitió aceptarla sino por obediencia y por no resistir á la voluntad de Dios; pero no

sin gemir, sin llorar, sin temblar. ¡Ah! el que de otra manera la acepta, no penetra y no considera profundamente la cuenta rigurosa que deberá dar.

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, ¡qué cuenta tan terrible habré yo de daros cuando compareceré delante de Vos! Tened piedad de mí: quiero desde ahora aplicarme y prepararme seriamente para vuestra venida y para que no me sorprenda. Quiero de hoy en adelante observar todos mis pasos, pesar todas mis acciones, contar todas mis palabras, para hacer un santo uso de las luces, de los talentos, de la autoridad y de todos los bienes que he recibido de Vos. Amen.

MEDITACION CLXIV.

SEXTA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. xii, 49-59).

DE LA VENIDA DE JESUCRISTO.

El divino Salvador nos instruye aquí: 1.º de los efectos; 2.º del conocimiento de su venida; 3.º del juicio particular que ejercerá.

PUNTO I.

De los efectos de la venida de Jesucristo.

Lo 1.º *Del fuego que Jesucristo ha traído sobre la tierra...* «He «venido á traer fuego sobre la tierra, ¿y qué quiero yo sino que se «encienda?...»

¿Qué fuego ha traído Jesucristo sobre la tierra? El fuego del amor divino para inflamar los corazones; el fuego del celo de la gloria de Dios para la conversion de los pecadores y para la santificacion de las almas, y el fuego de la persecucion para purificar y perfeccionar la virtud.

Lo 1.º *El fuego del amor divino...* Ó Jesús, Vos habeis traído este fuego sobre la tierra; Vos quereis que en ella arda, que inflame los corazones. ¿Por qué, pues, está tan frio y tan lánguido mi corazon? ¿Por qué no penetra dentro de él este sagrado fuego y lo consume? Vos quereis que en él se encienda; con que soy yo el que no quiero. ¡Ah miserable! estimo mas abandonar mi corazon á mil objetos terrenos que lo envilecen, lo degradan y lo consumen, á mil

amores profanos que lo corrompen, lo atormentan y lo despedazan; que dejarlo encender del amor de Dios, que formaria su gloria, su júbilo y su felicidad. ¡Ah! reconozco mi pecado y mi necedad. Sufrid, ó Salvador mio, que hoy os ofrezca este corazón en el estado de corrupcion en que se halla: sufrid que os suplique que lo purifiqueis de todo lo que os puede desagradar, y que lo encendais en aquel fuego celestial que habeis venido á traer sobre la tierra. Vos lo quereis, yo tambien lo quiero: sostened la voluntad que Vos me inspirais, y en la que quiero morir; esto es, de ser enteramente vuestro, y la resolucion en que estoy de arrancar de mi corazón todo lo que puede ser contrario á los proyectos de vuestro amor. 2.º *El fuego de celo...* El que no tiene este celo por el prójimo, no tiene el amor de Dios. Pues ahora ¿cómo lo ejercitamos nosotros cada uno segun nuestro estado? El celo es un fuego ardiente que abrasa por todas partes, que vence todos los obstáculos, que no se disminuye ni se apaga, que crece y se fortifica continuamente... 3.º *El fuego de la persecucion...* Si la piedad de que hacemos profesion, si el celo que ejercitamos nos acarrea persecuciones injustas, alegrémonos con ellas. Este fuego nos es necesario, y es voluntad del Señor que se encienda y nos purifique; guardémonos de buscar y procurar apagarlo con faltar á nuestras obligaciones.

Lo 2.º *Del bautismo con que fue bautizado Jesucristo...* «Pero yo tengo un bautismo, con el cual debo ser bautizado. ¿Y qué pena es la mia hasta que se cumpla?...»

1.º ¿Cuál ha sido este bautismo? El bautismo de su sangre, de que fue inundado: un diluvio de dolores de todas las especies en que fue sumergido. ¡Oh Jesús! ¿cómo podemos nosotros pensar jamás en él, sin quedar enternecidos y sin amarnos? 2.º ¿Por qué ha recibido él este bautismo? Por ser el primero consumido del fuego que habia venido á traer sobre la tierra, y mostrarnos como deberemos nosotros tambien ser consumidos. En su pasión y en su muerte ha sido la víctima del amor que tenia á Dios su Padre, cuya ofensa queria reparar: la víctima de su celo por nosotros, que queria librar del infierno; la víctima del odio de sus enemigos, porque nos queria enseñar á padecer como él... 3.º ¿De dónde viene esta especie de violencia que Jesucristo sufrió, hasta que se cumplió este bautismo? Procedía de su amor y del ardiente deseo que tenia de cumplir su sacrificio para nuestra redencion. Aquel poco tiempo que debia esperar le parecia demasiado largo al ardor de su caridad, y esta dilacion era para él un continuado suplicio. ¡Ah qué amor, qué

celo! ¡Oh y cuán amable es Jesús! ¿Por qué no nos abramos nosotros de amor por él y de celo por su gloria?

Lo 3.º *De la division que Jesucristo ha traído sobre la tierra...* «¿Pensais que he venido á traer paz sobre la tierra? No os digo la paz, sino la division; porque de ahora en adelante estarán cinco en una casa divididos, tres contra dos, y dos contra tres. El padre estará dividido del hijo, y el hijo de su padre, y la madre de su hija, y la hija de la madre, la suegra de la nuera, y la nuera de la suegra...»

Los Apóstoles y los cristianos de los primeros siglos fueron las víctimas de esta division. Á ejemplo de Jesucristo, encendidos de amor de Dios y de celo de las almas, como él debieron quedar debajo del hierro de la persecucion. En la misma familia compuesta de cinco personas se vieron tres contra dos y dos contra tres, y todo esto que aquí dice el Redentor es solamente la prediccion de los hechos que encontramos en la historia. Se han acabado los tiempos de esta sanguinosa persecucion. El mundo, por una maravilla inaudita, á fuerza de destrozarse cristianos, se hizo él mismo cristiano, y con la sangre de los Mártires se han bañado los materiales de los fundamentos de la religion por que ellos murieron. Hoy en dia, en el universo se profesa el Cristianismo; no hay en él ya division sobre este punto. Pero el que ama á Dios y se emplea con celo por el prójimo ¿no se engañaria si esperase gozar una paz entera? ¡Ah! es aun necesaria la division y la separacion. Deben los buenos declararse animosamente por la Religion, y á veces separarse tambien del mundo. Los malos por su parte no dejan jamás de perseguir á los buenos y de separarse de ellos. ¡Terrible separacion que será una imágen y el principio de la que se consumará en el último dia, y será eterna! No nos espantemos, pues, de esta separacion; no temamos que los pecadores se separen de nosotros; y si es necesario para nuestra salvacion, separémonos nosotros de ellos.

PUNTO II.

Del conocimiento de la venida de Jesucristo.

Lo 1.º *De la aplicacion de los hombres á las cosas transitorias de este mundo...* «Y decia tambien á las turbas: Cuando habeis visto alzarse del ocaso una nube, luego decís viene tempestad, y así sucede; y cuando sopla el Austro, vosotros decís, hará calor, y así sucede: hipócritas, sabeis distinguir los aspectos del cielo y de la tierra, ¿y cómo no distinguís el tiempo presente?...»

Somos prudentes en los negocios temporales, somos hábiles en las ciencias humanas, conocemos el cielo y la tierra en orden á los intereses ó á los divertimientos del siglo; examinamos el curso de las estrellas, anunciamos sus encuentros, pronosticamos las estaciones y otros acaecimientos, discurremos sobre todo, y nos hacemos honor de nuestra ciencia y de nuestras luces. ¡Oh y cuántos conocimientos inútiles! ¡cuántos cuidados superfluos! ¡Oh hombres vanos y superficiales! ¿os ocuparéis siempre en quimeras, y despreciaréis siempre las verdades esenciales?

Lo 2.º *Desaplicacion de los hombres á las cosas de Dios...* «¿Cómo «no distinguís el tiempo presente?...»

Este tiempo, para los judíos, era el de la venida del Mesías. Los milagros que Jesucristo obraba, los oráculos de los Profetas que en él se cumplieron, la data de los acontecimientos menudamente señalada en los Libros santos, la expectacion en que estaban ellos mismos de la próxima venida de su Libertador, todo los conducía á reflexionar en lo que actualmente ocurría, á examinar lo que estaba escrito, y á reconocer que habian llegado al término feliz de su libertad y que Jesucristo era su Salvador. Pero en nada de esto pensaban; no reconocieron el Mesías que hacían profesion de esperar, lo persiguieron y lo crucificaron... Este tiempo que el Redentor nos avisa que distingamos, y sobre que nos exhorta á reflexionar, es todavía para nosotros el tiempo de su primera venida, el de su gracia y de su misericordia; el tiempo en que nos solicita á volvernos á él; en que nos ofrece sus méritos y el precio de nuestra redencion. Este tiempo es el de nuestra vida presente. Pero ¿en qué empleamos nosotros este tiempo precioso que se nos ha dado para conocer á Dios y servirle, para acumular tesoros de virtud y de méritos; este tiempo tan breve, de cuyo uso depende la eternidad?

Lo 3.º *De la manera de reparar nuestra negligencia...* «¿Y por qué «(añade Jesucristo) no juzgais por vosotros mismos lo que es justo?...»

En vez de ocuparnos en objetos extraños, ¡ah! volvamos lo ojos á nosotros mismos. Comencemos por examinarnos; despues juzguémonos con justicia, y finalmente ejecutemos sobre nosotros mismos el justo juicio que habrémos formado... ¿Conocemos á Jesucristo? ¿creemos en él? ¿estamos en su Iglesia? ¿en aquella Iglesia que con una no interrumpida sucesion sube hasta él mismo? ¿Nuestra vida es conforme á nuestra fe? ¿Somos justos para con Dios? ¿Quisiéramos nosotros ser servidos como Dios es servido por nosotros? ¿So-

mos justos para con el prójimo? ¿Querriamos ser tratados de él como nosotros lo tratamos? ¿Somos justos para con nosotros mismos? Juzguémoslo por nosotros mismos de nuestra conciencia, de nuestros remordimientos. ¡Ay de mí! soy injusto, ó Señor, soy pecador; y debo mas que otro alguno hacer penitencia; una penitencia que corresponda al número y á la enormidad de mis pecados. Hé aquí el justo juicio que debemos hacer y ejecutar contra nosotros mismos. En vano ocultamos á los hombres nuestros desórdenes; en vano nos alejamos de las sendas de la justicia: si rehusamos entrar en ellas por nosotros mismos, entraremos por fuerza obligados del justo Juez. Descubrirá nuestra hipocresía; manifestará nuestros delitos; los juzgará en su justicia, y los castigará con un justo suplicio, de que los habrá juzgado dignos, que será el fuego del infierno... ¡Ah! por piedad, prevengamos este terrible juicio mientras que tenemos tiempo; recurramos á su misericordia y á la penitencia, y volvámonos á poner por nosotros mismos en el orden de su justicia.

PUNTO III.

Del juicio particular que ejercerá Jesucristo.

Jesucristo nos lo anuncia aquí debajo de una parábola de que no se puede comprender bien el sentido, si no se conocen todos los personajes...

«Cuando vas con tu contrario al príncipe, haz por el camino cuanto «puedas para librarte de él, á fin de que no te lleve delante del juez, «y el juez no te entregue en manos del ministro, y el ministro te «ponga en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que no ha- «yas pagado aun la cosa mas mínima...»

Lo 1.º *Del príncipe y de los que van á él...* Este príncipe es Dios que nos llama á su corte: todos nosotros somos los que vamos delante de él. Vamos para ser admitidos en el número de sus cortesanos, y reinar eternamente con él. No es otra cosa nuestra vida que un continuado camino hácia la corte de este Rey inmortal de los siglos. Cada dia y cada momento en que vivimos es un paso que damos hácia ella, sin que sepamos de modo alguno si estamos aun lejos, ó si estamos ya cercanos. Pero lo que se debe considerar bien es, que nosotros vamos con nuestro adversario, y que al llegar nos puede cerrar la entrada en la corte, y echar por tierra todas nuestras esperanzas.

Lo 2.º *Del juez y del ejecutor...* El juez es el Hijo del Príncipe,

el Hijo de Dios. El ejecutor, ó sea el ministro de la justicia, es el demonio. Es, pues, Jesucristo mismo el que al momento de nuestra muerte juzgará de nuestra suerte eterna. Juez iluminado á quien ninguna cosa se le escapará: juez severo, que no se podrá doblar con cosa alguna: juez poderoso, á quien nadie resistirá: juez justo que dará á la virtud la recompensa que ha prometido, y á los pecados el castigo con que nos ha amenazado; al pecado venial un castigo temporal, y al pecado mortal un castigo eterno. ¡Ay de mí, ¡me acerco ya al momento en que me deberé presentar á mi juez. ¿Qué será de mí, el mayor de los pecadores, deudor impotente á pagar y cubierto de mil iniquidades?

Lo 3.º *Del adversario...* Nuestro adversario es nuestra conciencia, es el prójimo, es el príncipe y el mismo juez que hemos ofendido. En este juicio Jesucristo lo será todo juntamente, juez, testigo, acusador, y el adversario ofendido. ¡Cuán terrible debe ser para los pecadores este juicio! Pero, ¡oh bondad infinita de Dios! Jesús mismo nos enseña el medio de evitar el rigor. Este consiste en acomodarnos con él mientras vamos por el camino, mientras gozamos de esta vida. Él mismo nos convida á esto, nos solicita; y además de esto nos ofrece él mismo los medios de satisfacerle enteramente; su sangre, su muerte, sus méritos, sus gracias, sus Sacramentos y sus misericordias... ¡Oh hombres insensatos! ¿qué pensais, pues, vosotros, no queriendo aprovecharos de una oferta tan generosa, tan ventajosa, tan llena de ternura y de amor, y que solo se dirige á abriros las puertas del cielo, para que luego inmediatamente después de vuestro último pasaje podais entrar en él sin obstáculo y recibir un juicio favorable?

Petición y coloquio.

Hagamos la paz, ó Señor, antes que yo haya de comparecer delante de Vos. Voy á acusarme á vuestro ministro, y purificarme en vuestra sangre: voy á restituir á mi prójimo cuanto le debo, á reconciliarme con aquel que he ofendido, ó que me ha ofendido: quiero vivir una vida casta, humilde, piadosa y paciente: quiero regular mi conducta segun las obligaciones de mi estado y los preceptos de vuestra santa ley: quiero caminar á vuestra presencia, y con Vos, no como mi adversario, sino como con mi Señor, á quien amo tiernamente y quiero servir con ardor, á fin de encontrar un día en Vos, ó Dios mío y Juez mío, un Mediador y un Salvador. Amen.

MEDITACION CLXV.

FIN DEL DISCURSO DEL REDENTOR Á LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XIII, 1-9).

PARÁBOLA DE LA HIGUERA.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia: 1.º nos solicita por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra; 2.º nos solicita por caminos secretos que Jesucristo nos revela.

PUNTO I.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra.

1.º *Examinemos cuán frecuentes sean estos efectos...* «Y en el mismo tiempo vinieron algunos á darle parte de los galileos, cuya sangre habia mezclado Pilato con los sacrificios de ellos, y les respondió, «y dijo: ¿Pensais que aquellos galileos fueron mas pecadores que los otros galileos por haber padecido tales cosas? Os digo que no; pero si no haceis penitencia, pereceréis todos del mismo modo. Así como tambien aquellos diez y ocho hombres, sobre quienes cayó la torre cerca de Siloé, y los mató: ¿creeis que ellos fuesen mas deudores que todos los hombres que habitaban en Jerusalem? os digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos del mismo modo...»

Mientras hablaba al pueblo Jesucristo, se le anunció que Pilato habia hecho matar en el templo de Jerusalem un cierto número de galileos que habian ido á ofrecer sus sacrificios. Á la relacion de este trágico suceso añadió Jesucristo otro, é hizo memoria del que habia acaecido en la misma ciudad, cuando una torre de la fuente de Siloé se arruinó, y aplastó con su caída diez y ocho personas... ¡Cuántos accidentes semejantes han llegado á nuestra noticia, ó que han sucedido á personas particulares, ó á millares, de solo un golpe! Acordémonos bien de ellos, y digámonos á nosotros mismos, ¿sobre qué, pues, se funda la seguridad en que vivo? Lo que ha sucedido á tantos otros ¿no me puede suceder á mí en cada momento? Ellos no lo esperaban mas que yo. Vivian como yo en seguridad; y con todo eso fueron sorprendidos, y murieron sin haber tenido ni siquiera un momento para reconocerse. Pues ¿cómo en medio de tantos peligros que me rodean puedo determinarme á pecar? ¿Cómo puedo vivir en

el Hijo de Dios. El ejecutor, ó sea el ministro de la justicia, es el demonio. Es, pues, Jesucristo mismo el que al momento de nuestra muerte juzgará de nuestra suerte eterna. Juez iluminado á quien ninguna cosa se le escapará: juez severo, que no se podrá doblar con cosa alguna: juez poderoso, á quien nadie resistirá: juez justo que dará á la virtud la recompensa que ha prometido, y á los pecadores el castigo con que nos ha amenazado; al pecado venial un castigo temporal, y al pecado mortal un castigo eterno. ¡Ay de mí, ¡me acerco ya al momento en que me deberé presentar á mi juez. ¿Qué será de mí, el mayor de los pecadores, deudor impotente á pagar y cubierto de mil iniquidades?

Lo 3.º *Del adversario...* Nuestro adversario es nuestra conciencia, es el prójimo, es el príncipe y el mismo juez que hemos ofendido. En este juicio Jesucristo lo será todo juntamente, juez, testigo, acusador, y el adversario ofendido. ¡Cuán terrible debe ser para los pecadores este juicio! Pero, ¡oh bondad infinita de Dios! Jesús mismo nos enseña el medio de evitar el rigor. Este consiste en acomodarnos con él mientras vamos por el camino, mientras gozamos de esta vida. Él mismo nos convida á esto, nos solicita; y además de esto nos ofrece él mismo los medios de satisfacerle enteramente; su sangre, su muerte, sus méritos, sus gracias, sus Sacramentos y sus misericordias... ¡Oh hombres insensatos! ¿qué pensais, pues, vosotros, no queriendo aprovecharos de una oferta tan generosa, tan ventajosa, tan llena de ternura y de amor, y que solo se dirige á abriros las puertas del cielo, para que luego inmediatamente después de vuestro último pasaje podais entrar en él sin obstáculo y recibir un juicio favorable?

Peticion y coloquio.

Hagamos la paz, ó Señor, antes que yo haya de comparecer delante de Vos. Voy á acusarme á vuestro ministro, y purificarme en vuestra sangre: voy á restituir á mi prójimo cuanto le debo, á reconciliarme con aquel que he ofendido, ó que me ha ofendido: quiero vivir una vida casta, humilde, piadosa y paciente: quiero regular mi conducta segun las obligaciones de mi estado y los preceptos de vuestra santa ley: quiero caminar á vuestra presencia, y con Vos, no como mi adversario, sino como con mi Señor, á quien amo tiernamente y quiero servir con ardor, á fin de encontrar un dia en Vos, ó Dios mio y Juez mio, un Mediador y un Salvador. Amen.

MEDITACION CLXV.

FIN DEL DISCURSO DEL REDENTOR Á LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XIII, 1-9).

PARÁBOLA DE LA HIGUERA.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia: 1.º nos solicita por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra; 2.º nos solicita por caminos secretos que Jesucristo nos revela.

PUNTO I.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra.

1.º *Examinemos cuán frecuentes sean estos efectos...* «Y en el mismo tiempo vinieron algunos á darle parte de los galileos, cuya sangre «había mezclado Pilato con los sacrificios de ellos, y les respondió, «y dijo: ¿Pensais que aquellos galileos fueron mas pecadores que «los otros galileos por haber padecido tales cosas? Os digo que no; «pero si no haceis penitencia, pereceréis todos del mismo modo. Así «como tambien aquellos diez y ocho hombres, sobre quienes cayó «la torre cerca de Siloé, y los mató: ¿creeis que ellos fuesen mas «deudores que todos los hombres que habitaban en Jerusalem? os «digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos del «mismo modo...»

Mientras hablaba al pueblo Jesucristo, se le anunció que Pilato habia hecho matar en el templo de Jerusalem un cierto número de galileos que habian ido á ofrecer sus sacrificios. Á la relacion de este trágico suceso añadió Jesucristo otro, é hizo memoria del que habia acaecido en la misma ciudad, cuando una torre de la fuente de Siloé se arruinó, y aplastó con su caída diez y ocho personas... ¡Cuántos accidentes semejantes han llegado á nuestra noticia, ó que han sucedido á personas particulares, ó á millares, de solo un golpe! Acordémonos bien de ellos, y digámonos á nosotros mismos, ¿sobre qué, pues, se funda la seguridad en que vivo? Lo que ha sucedido á tantos otros ¿no me puede suceder á mí en cada momento? Ellos no lo esperaban mas que yo. Vivian como yo en seguridad; y con todo eso fueron sorprendidos, y murieron sin haber tenido ni siquiera un momento para reconocerse. Pues ¿cómo en medio de tantos peligros que me rodean puedo determinarme á pecar? ¿Cómo puedo vivir en